

La esperanza más grande, de Ilse Aichinger

Trad. de Adan Kovacsics; Barcelona: Editorial Minúscula, 2004;
287 pp.; ISBN 84-95587-21-1.



Candelaria del Barco Billoni

Universidad de Buenos Aires, Argentina

La esperanza más grande es una novela de Ilse Aichinger que, con una fuerte impronta autobiográfica, versa sobre las experiencias de un grupo de niños perseguidos por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Publicada originalmente en 1948, la novela no se aproxima a los asuntos relativos a las circunstancias bélicas desde un enfoque convencional: debido a que los hechos narrados se ubican en el tiempo de la infancia y la juventud, el abordaje de las múltiples y traumáticas vivencias por las que se deslizan las vidas de los personajes se desarrolla desde una perspectiva que entraña, más allá de lo terrible, las marcas de lo lúdico y lo onírico.

Ellen, la protagonista, es una joven que, en tiempos de la anexión austríaca al Tercer Reich, ansía conseguir un visado que le permita abandonar su lugar de residencia y reencontrarse con su madre más allá del océano, en América. Las circunstancias, sin embargo, no la favorecen: ante la negativa del cónsul a firmar sus papeles, el porvenir de Ellen se ve restringido a un espacio delimitado por una frontera infranqueable. Allí transcurrirá la historia, entonces: allí Ellen conocerá a sus amigos. Bibi, Kurt, Leon, Hanna, Ruth, Herbert y Georg serán los personajes que la acompañarán en el transcurso de sus peripecias.

Uno de los ejes fundamentales del relato refiere a la problemática asociada a la identidad, la cual atraviesa, en mayor o menor medida, a todo el grupo. “Nuestros abuelos han fracasado. Nuestros abuelos no nos avalan. Nuestros abuelos se han convertido en nuestra culpa. La culpa es que existamos” (Aichinger, 2004: 51): con estas palabras se tematiza, en el texto, el desasosiego con que se experimenta la identidad propia, pues los amigos de Ellen son de origen judío: todos cuentan con, al menos, “tres abuelos incorrectos” (ibíd., 33). Sumidos en un contexto que los induce a renegar, asiduamente, de sus ancestros, los jóvenes se saben prisioneros de un origen sobre el que no tienen poder alguno: el pasado es irreversible y el futuro que su condición predice adquiere, cada vez más, el oscuro tono de lo inexorable.

La situación de la protagonista es, por otro lado, intermedia y, en consecuencia, indefinida: la circunstancia de contar con dos abuelos “correctos” y otros dos “incorrectos” la sostiene, en un primer momento, en un lugar de vacilación respecto de su identidad que se traduce, también, en una permanente incertidumbre acerca de su porvenir. Ellen decide, sin embargo, portar sobre sí la insignia de su decidida pertenencia: a pesar de las advertencias de su abuela, quien le señala expresamente, al tratar de disuadirla de su iniciativa por utilizarla, que “nadie sabe lo que significa la estrella. Ni adónde conduce” (ibíd., 111), Ellen opta por hacerse con el distintivo empleado para identificar a la población de origen judío –llevar la estrella consigo, cosida a su abrigo–, y distanciarse, entonces, de lo que el discurso imperante en la época supone deseable, admisible, lícito. En un gesto de afirmación identitaria, el personaje decide ubicarse, a pesar del peligro y motivada por el amor fraternal que siente por quienes considera sus pares –sus compañeros de juego–, en el terreno de lo marginal, esfera tumultuosa en donde la estrella no solo funcionará –en su proyección hacia el exterior, hacia el mundo de los otros y sus normas– como la marca de lo aborrecible sino, también –y esta vez hacia adentro–, como el símbolo de la amistad y del encuentro consigo misma: la estrella significa la muerte, advierten los niños, pero también un sendero por el cual conducirse todos juntos, con los ojos cerrados y la confianza muelle en una tierra prometida.

Quizás el rasgo más destacable del texto consiste en que, a pesar de situarse en el contexto de la Segunda Guerra, no incorpora escenas de violencia explícita. En la configuración de unas coordenadas espacio temporales que comportan, necesariamente, la marca de la atrocidad se revela, por el contrario, una sutileza que consiste en lograr hacer de la violencia, antes que una circunstancia manifiesta o gráfica, una atmósfera de sofocante indeterminación. Las persecuciones, los ambientes clandestinos, el miedo a ser descubiertos, la escenificación nocturna, el hambre y el frío son algunos de los elementos que contribuyen a sostener, con una permanencia inalterable, el clima opresivo por el que se mueven los jóvenes. La impiedad de la guerra se concentra, así, en la penosa falta de certezas acerca del futuro, en el presentimiento de su carácter fatal, sombras que sobrevuelan el relato de principio a fin.

En esta historia, el tiempo de la juventud es, como se ha señalado, el tiempo de la persecución, del terror y el desamparo. Pero de una inocencia esperanzada –a la vez que esperanzadora– que se traduce en una obstinada resistencia a la progresiva deshumanización a la que la somete su entorno emerge un relato en el que los vínculos humanos y la ávida búsqueda de un porvenir distinto son reivindicados como pilares fundamentales de la existencia y, también, de la escritura: la esperanza de Ellen es el motor que mueve los engranajes del relato. Así, de la fusión entre una candidez que, sin caer en el infantilismo, persiste a pesar de la adversidad, por un lado, y la oscuridad en la que se sumerge paulatinamente el ambiente de los personajes, por el otro, surgen contrastes sugestivos e intensos. La estrella, entonces, se configura no solo como insignia de la marginación, el abandono y la culpa, sino que implica, también, la instauración de un espacio en el que la amistad, el juego y las posibilidades representativas de lo onírico

suponen, a la vez que modos de evadir y de filtrar una realidad que se atraviesa con el peso del desgarró, una puesta en cuestionamiento del orden imperante: un acto de rebeldía de tonos espontáneos y sutiles.